

VIII

LOS SEÑORES REGIDORES

Aquella noche mi buen maestro y yo nos refugiamos bajo el cobertizo de *El Joven Baco*, donde hallamos á Catalina la encajera, al cuchillero cojo y al autor de mis días. Estaban sentados los tres en la misma mesa ante un jarro de vino, del que habían bebido lo bastante para sentirse alegres y sociables.

Acababan de elegir á dos regidores entre cuatro, y mi padre hacía las reflexiones propias de su estado y de su condición.

—Lo peor—decía—es que los regidores son gentes de toga y no figoneros; que deben su magistratura al rey y no á los comerciantes, especialmente á la corporación de los figoneros parisienses, de la que soy portaestandarte. Si yo los eligiera, abolirían el impuesto y la gabela y todos seríamos felices. A no ser que el mundo ande hacia detrás como los cangrejos, ya llegará

el día en que los regidores serán elegidos por los comerciantes.

—No dudéis—dijo el señor abate Coignard— que algún día los regidores serán elegidos por los patronos y por los aprendices.

—Cuidado con lo que decís, señor abate— replicó mi padre inquieto y arrugando el entrecejo—. Cuando los aprendices tomen parte en las elecciones de los regidores, todo estará perdido. En la época que en que yo era aprendiz sólo pensaba en birlarle á mi patrón el dinero y la mujer. Desde que tengo establecimiento y mujer me interesan los asuntos públicos que están ligados á los míos.

Lesturgeon, el tabernero, presentó un jarro de vino. Lesturgeon era un hombrecillo coloradote, ágil y rudo.

—Hablabais de los nuevos regidores—dijo con los brazos en jarras—. Yo sólo deseo que sepan tanto como los antiguos, los cuales, á pesar de todo, no conocían muy bien el interés público, pero comenzaban á enterarse de su oficio. Ya sabéis, señor Leonardo—y se dirigió á mi padre—, que la escuela donde todos los niños de la calle de San Jacobo van á aprender su Cruz de Dios, está construída con tablas, y que bastaría un eslabón y

una viruta para hacerla arder como una hoguera de la noche de San Juan. Dí parte al Ayuntamiento. Mi carta no estaba mal redactada, pues se la mandé escribir á un memorialista que tiene su cuchitril en Val-de-Grâce y me llevó seis blancas por su trabajo. Daba cuenta en ella á los señores regidores de que todos los niños del barrio estaban en perpetuo peligro de achicharrarse como un embuchado, lo cual era bastante importante atendiendo á la sensibilidad de las madres.

El señor regidor encargado de las escuelas me respondió muy cortésmente al cabo de un año que el peligro que corrían los niños de la calle de San Jacobo le apenaba mucho, y que deseoso de conjurarlo, enviaría lo antes posible á la escuela designada una bomba de incendios. Y añadía que «habiendo tenido el rey la bondad de construir una fuente en conmemoración de sus victorias á doscientos pasos de la escuela, no puede faltar el agua; y los niños aprenderán en pocos días á manejar la bomba que el Ayuntamiento tiene á bien concederles.» Al leer aquella carta dí un bote hasta el techo, y volviendo á Val-de-Grâce dicté al memorialista una respuesta concebida en estos términos:

«Señor edil: hay en el barracón-escuela de la

»calle de San Jacobo doscientos chiquillos, el mayor de los cuales tiene siete años. ¡Famosos bomberos, señor, para manejar vuestra bomba!
»Recogedla y mandad construir una escuela de cal y canto.»

»Esta carta, lo mismo que la primera, me costó con el sello seis blancas. Pero no las considero perdidas, pues á los veinte meses recibí la contestación, en la cual el señor regidor me aseguraba que los chiquillos de la calle de San Jacobo eran dignos de los cuidados del Ayuntamiento parisien- se, que se ocuparía de su seguridad. Así está mi asunto. Si mi regidor deja su puesto tendré que volver á empezar, pagando nuevamente doce blancas al memorialista de Val-de-Grâce. Por eso, señor Leonardo, aunque persuadido de que hay en el Ayuntamiento hombres que estarían mejor en una feria haciendo de payasos, no siento deseos de conocer caras nuevas, prefiriendo conservar al regidor de la bomba.

—Yo—dijo Catalina—sólo guardo rencor al comisario de policía. Consiente que Juanita la gaitera pasee al anochecer bajo el pórtico de Saint-Benoit-le-Betourné. Es una vergüenza. Va por la calle con pañoleta, y arrastrando las faldas emporcadas en todos los arroyos. Deberían reservar los

sitios públicos á las muchachas bastante bien arregladas para poderse presentar con decencia.

—¡Oh!—dijo el cuchillero cojo—, creo que la calle es de todo el mundo y yo iré algún día, á ejemplo de Lesturgeon, nuestro patrón, al cuchitril del memorialista de Val-de-Grâce para que redacte en mi nombre una súplica en favor de los vendedores ambulantes. No puedo ir con mi carro por las calles céntricas sin que los policías me detengan en seguida, y cuando un lacayo ó dos sirvientes se paran junto á mi puesto, un hombre vestido de negro me ordena en nombre de la Ley que retire mi pacotilla. Tan pronto estoy en el terreno alquilado por los comerciantes, como junto al señor Leborgne, cuchillero jurado. Otras veces he de ceder el paso al coche de un obispo ó de un príncipe. Y voy de aquí para allá tirando de mi carro y considerándome feliz si, valiéndose de mis precipitaciones, una criada y un lacayo no se me llevan sin pagar un estuche de tijeras ó un hermoso cuchillo de Chatellerault. Estoy hartito de sufrir tiranías; estoy hartito de aguantar la injusticia de las gentes de justicia. Siento gran necesidad de sublevarme.

—Ahora comprendo—dijo mi buen maestro— que sois un cuchillero magnánimo.

—No soy magnánimo, señor abate—replicó modestamente el cojo—, soy vengativo; y el resentimiento me ha inducido á vender en secreto canciones contra el Rey, contra sus queridas y contra sus ministros. Tengo un gran surtido en las bolsas de mi carro. No me delatéis. La de los doce pitos es admirable.

—No os delataré—respondió mi padre—, á mi juicio, una canción bonita vale tanto como un vaso de vino, y más aún. Nada diré tampoco de los cuchillos, alegrándome mucho, buen hombre, de que vendáis los vuestros, pues todo el mundo ha de vivir. Pero reconoced que no puede tolerarse que los vendedores ambulantes hagan la competencia á los tenderos que pagan un alquiler y una contribución. Nada es tan contrario al orden y á la buena policía. La audacia de esos arrastra-misérias, es inaudita. ¿Qué proporciones adquiriría si no la contuvieran? El año pasado un campesino de Montrouge se puso delante del figón de *La Reina Patoja* á vender pichones cocidos, y los daba dos sueldos más baratos que yo. El muy ganso gritaba con voz estridente capaz de romper los cristales de mi tienda: «¡A cinco sueldos hermosos pichones!» Veinte veces le amenacé con la aguja de mechar. Pero él me respondía es-

túpidamente que la calle es de todo el mundo. Dí una queja al señor comisario, y me hizo justicia librándome de aquel bribón. No sé qué habrá sido de él, pero no le perdono el daño que me causó, pues al ver que mis parroquianos le compraban los pichones á pares y por medias docenas, me dió una ictericia que me duró mucho tiempo. Sólo deseo que le peguen al cuerpo con pez, tantas plumas como ha quitado á las aves que vendía cocidas en mis propias barbas, y que así, emplumado de pies á cabeza, sea conducido por las calles arrastrado por su carreta.

—Señor Leonardo—dijo el cuchillero cojo—, sois inflexible con los pobres. Así es como se desespera á los desdichados.

—Señor cuchillero, os aconsejo—dijo riendo mi buen maestro—que mandéis redactar á un memorialista de San Inocente una sátira contra el señor Leonardo y que la vendáis con vuestras canciones de los doce pitos del rey Luis. Conventría criticar un poco á nuestro amigo, que en un estado casi servil aspira no sólo á la libertad, sino á la tiranía. Deduzco de vuestros discursos, caballeros, que la policía de las ciudades es un arte difícil; que es preciso conciliar intereses opuestos y á veces contrarios; que el bien público

está formado por gran número de males particulares; y que resulta maravilloso que gentes encerradas entre paredes no se devoren unas á otras. Esta fortuna debe atribuirse á su poltronería. La paz pública está fundada únicamente en el escaso valor de los ciudadanos, que se respetan unos á otros por el miedo que recíprocamente se inspiran. Y el príncipe, aterrando á todos, les asegura el inestimable beneficio de la paz. Respecto á vuestros regidores, cuyo poder es débil, que son incapaces de perjudicaros ni de seros útiles y cuyo mérito consiste en llevar bastón de mando y peluca, no os lamentéis de que sean elegidos por el rey y casi colocados desde el último reinado á la altura de los ministros de la corona. Siendo amigos del príncipe son enemigos indistintamente de todos los ciudadanos y esa enemistad es soportable á cada cual por la igualdad perfecta con que se extiende sobre todos. Es un chubasco del que sólo caen sobre nosotros algunas gotas. Algún día cuando sean nombrados por el pueblo, como aseguran que sucedió en los primeros tiempos de la monarquía, los regidores tendrán en la ciudad amigos y enemigos. Elegidos por los tenderos que pagan alquiler y contribución, maltratarán á los

vendedores ambulantes, y elegidos por los vendedores ambulantes, oprimirán á los tenderos. Elegidos por los artesanos, resultarán enemigos de los patronos que les hacen trabajar, siendo incesante motivo de discordias y disputas. Formarán un consejo tumultuoso donde cada cual agitará los intereses y las pasiones de sus electores. Sin embargo, me figuro que no emularán á los regidores actuales, que sólo dependen del príncipe, obligándonos á que lamentemos su falta. Su vanidad turbulenta divertirá á los ciudadanos, que se mirarán en ellos como en un espejo de aumento. Usarán vulgarmente un poder vulgar. Salidos de la masa del pueblo, serán incapaces para servirle y para dominarle. Los ricos se escandalizarán de su audacia y los miserables criticarán su timidez, cuando sólo debiera reconocerse su ruidosa impotencia. Por lo demás, serán capaces de tareas comunes, mostrando al administrar el bien público, esa insuficiencia suficiente que se consigue sin cesar y que nunca se sobrepuja.

—¡Uf!—dijo mi padre—. Habéis hablado muy bien, señor abate. Ahora, bebamos.